EL IDEAL.

Revista literaria y de variedades, dedicada al Bello Sexo y al Pueblo.

Director: ARNULFO SAN-GERMAN.

Redactor responsable: José Castro Iturbide.

Registrado como artículo de 2ª clase el 16 de Febrero de 1904.

COLABORADORES:

LICS. MANUEL BRIOSO Y CANDIANI, PEDRO CAMACHO Y SRES. JOSE JOAQUIN VARELA Y JULIO LIZET.

ADMINISTRADOR: ENRIQUE MUÑUZURI.

Tomo. I—Núm. 26.

JULIO 17 de 1904.

OAXACA.

"EL IDEAL," periódico del pueblo, dedica este número al preclaro hijo de Oaxaca, el inmortal

BENITO JUAREZ.

OAXACA, JULIO 18 DE 1,904.

PENSAMIENTOS.

¡Juárez no ha muerto! No muere el que deja viva una idea grandiosa y sublime, y un noble y elevado sentimiento, en el cerebro y en el corazón de todo un pueblo.---ARNULFO SAN-GERMAN.

Indio humilde que viste la primera luz del mundo entre las modestas y agrietadas paredes de una ignorada y rústica cabaña de San Pablo Gelatao, tu talento sublime, tu espíritu privilegiado, tu indómita y firmísima voluntad, hicieron de tí una de las figuras más grandiosas del pasado siglo.

Perseguidor incansable de una idea, supiste llevar á cabo la grandiosa epopeya de la Reforma, y al soplo ardiente de tu poderosa palabra, surgieron colaboradores de tu causa, tan ilustres como el invicto tribuno D. Melchor Ocampo, el noble mártir de Tepeji del Río.

La Parca pudo segar con implacable saña tu preciosa existencia, pero tu memoria vive palpitante, eterna, imperecedera en el corazón de los buenos mexicanos. La materia inerte volvió á su principio; ¡la nada! pero tu recuerdo, tu nombre, viven latentes é imborrables en millares de corazones.

¡La inmortalidad, te envuelve en su augusto y grandioso manto! Las naciones extranjeras te admiran; la República por tí instituida te venera y te respeta, y yo, el más humilde, pero el más entusiasta de tus admiradores, te he elevado en mi corazón un altar, ante el cual, hoy, luctuoso aniversario de tu muerte, te ofrezco como holocausto, veneración y gratitud inextinguibles.

¡Loor eterno y eterna gloria á tí, invicto é inmaculado patricio!—JOSÉ CASTRO ITURBIDE.

LA ULTIMA ENFERMEDAD DEL PRESIDENTE BENITO JUAREZ.

Al tener la honra de relatar lo que pasó en las últimas horas de la vida del Sr. Juárez, no voy á ocupar la benévola atención del distinguido auditorio que me favorece escuchándome, con la biografía del obscuro indio que vió la primera luz entre las desnudas paredes de una humildísima cabaña y que vió la última en los tapizados salones del palacio que cobija la bandera nacional; ni tampoco vengo á hacer la historia médica de la enfermedad de quien nos devolvió la Patria que tan injustamente se nos arrebataba; porque para lo primero confieso con ingenuidad mi incompetencia, y para lo segundo sería inadecuada la presente ocasión. La suerte me deparó la inmerecida honra de librar con la muerte el último combate en defensa del Sr. Juárez y esta circunstancia me permitió ser el testigo presencial é íntimo de los rasgos de aquel carácter indomable, de aquella grandeza de alma que no se desmiente á sí misma ni en los momentos más solemnes de la vida, de aquella inaudita fuerza de voluntad para cumplir con sus deberes como hombre público, en los terribles instantes en que su dolorido corazón se negaba á seguir latiendo y cuando en vez de sangre con que nutrir su cerebro le enviaba las angustias que preceden á la muerte. Estos hechos que yo presencié y admiré, son los que voy á narrar, porque siendo enteramente desconocidos para el público, lo han sido para los biógrafos del Benemérito de América, y solamente ha sido juzgado este grande hom-

bre por sus actos oficiales sin haberlo sido á la vez por sus actos privados, actos todos que es necesario unir para formarse idea cabal de lo que vale un individuo. Podría yo referir algunos episodios desconocidos de su vida íntima que revelarían su carácter, pero he elegido los que acompañaron á su muerte, porque en esos instantes supremos en que se vuelve á la nada, el alma se desnuda de todo falso ropaje, quedando sólo cubierta con lo que es suyo propio; se desvanecen los rasgos artificiales que cría la educación, se olvidan los que son hijos del cálculo y de la conveniencia social, y en no pocos casos se hacen á un lado hasta los que revelan el pudor, y por ésto, tales momentos son los oportunos para conocer al hombre tal cual es. Temo fundadamente que al hacer esta narración, mi estilo y mi lenguaje se resientan de los hábitos contraídos en una larga vida médica; procuraré que no sea así, pero si no lo consigo, estoy seguro de que la benevolencia de Uds. será muchísimo mayor que mi falta y sabrán perdonar el modo de decir, en gracia de la veracidad y grandiosidad de lo que se dice.

¡Terrible enfermedad la que nos arrebató al Sr. Juárez!..... La angina de pecho que con más ó menos crueldad ataca á otras personas, desplegó su más extraordinaria energía cuando tuvo que habérselas con un héroe, como si fuera un sér racional que comprendiera, que para luchar con éxito con aquella alma grande era indispensable ser también grande en la crueldad.

Dos horas hacía apenas que estaba yo á su lado, cuando la opresión del corazón con que empezó, se transformó en dolores agudísimos y repentinos, los que veía yo más bien, los que adivinaba en la palidez de su semblante. Aquel hombre debía estar sufriendo la angustia mortal del que busca aire para respirar y no lo encuentra, del que siente que huye el suelo en que se apoya y teme caer, del que en fin, está probando á la vez lo que es morir y seguir viviendo. La enfermedad se desarrolló por ataques sucesivos; los sufre en pié. Vigorosa es su naturaleza, indómita su fuerza de voluntad, y áun desplegada toda esta no le es dable sobreponerse por completo á las leyes físicas de la vida, y al fin tiene que reclinarse horizontalmente en su lecho para no desplomarse y para buscar instintivamente en esta posición el modo de hacer llegar á su cerebro la sangre que tanta falta le hace. Cada paroxismo dura más ó menos minutos, vá desvaneciéndose después poco á poco, vuelve el color á su semblante y entra en una calma completa; el paciente se levanta y conversa con los que le rodeamos, de asuntos indiferentes, con toda naturalidad y sin hacer alusión á sus sufrimientos; y tal parece que ya está salvado, cuando vuelve un nuevo ataque, y un nuevo alivio, y en estas alternativas transcurren cuatro ó cinco larguísimas horas en que mil veces hemos creído cantar una victoria ó llorar su muerte.

Serían las 11 de la mañana de aquel luctuoso día 18 de Julio, cuando un nuevo calambre dolorosísimo del corazón, lo obligó á arrojarse rápidamente á su lecho; no se movía ya su pulso, el corazón latía debilmente; su semblante se demudó cubriéndose de las sombras precursoras de la muerte, y en lance tan supremo tuve que acudir contra mi deseo á aplicarle un remedio muy cruel, pero eficaz: el agua hirviendo sobre la región del corazón; el Sr. Juárez se incorporó violentamente al sentir tan vivo dolor y me dijo con el aire del que hace notar á otro una torpeza.—"Me está Ud. quemando."—"Es intencional Sr., así lo necesita Ud."—le contesté. El remedio produjo felizmente un efecto rápido, haciendo que el corazón tuviera energía para latir, y el que diez minutos antes era casi un cadáver, volvió á ser lo que era habitualmente, el caballero bien educado, el hombre amable y á la vez enérgico.

Parece que yo mismo estoy desmintiendo con el hecho que acabo de relatar, esa fuerza de voluntad que lo caracterizaba, supuesto que no supo sobreponerse al dolor de una quemadura: pero no es así, nó; el dolor lo cogió de improviso, y su naturaleza dejada á la influencia de las leyes físicas y sin el freno del espíritu, reaccionó como era necesario que reaccionara en virtud de esas mismas leyes, con un fenómeno de los que llamamos *reflejos*; le sucedió lo que al valiente capitán que se demuda involuntariamente al escuchar los primeros disparos, la palidez de su semblante es un fenómeno reflejo que no está en su mano dominar; como no puede dominar la vírgen tímida la rubicundez de su rostro al oír las primeras palabras de amor.

***

Después de este lance, el alivio fué tan grande y tan prolongado, que se pasaron cerca de dos horas sin que volviera el dolor; la familia se retiró al comedor, y quedando yo solo en compañía suya me relataba á indicación mía, los episodios de su niñez, la protección que le había dispensado el Sr. Cura de su pueblo, etc., etc., y cuando yo estaba más pendiente de sus labios, se interrumpió repentinamente y clavando en mí fijamente su mirada, me dijo casi imperativamente.—"¿Es mortal mi enfermedad?..... ¿Qué contestar al amigo?— ..... al padre de familia.....al Jefe del Estado?.....Pues nada más que la verdad; y procurando disminuirle la crueldad de mi respuesta, le contesté con la vacilación consiguiente á lo imprevisto de la pregunta—"No es mortal, en el sentido de que ya no tenga Ud. remedio"—Comprendió en el acto perfectamente bien lo terrible de mi respuesta, y no obstante que ella quería decir: "Tiene Ud. una enfermedad de la que pocos se escapan," continuó inmediatamente su interrumpida relación en el punto mismo en que la había dejado, como si la sentencia de muerte que acababa de oír, hubiera de ser aplicada á otra persona que no á él mismo. No le ví inmutarse; no le ví vacilar en su palabra, ni trató siquiera de pedirme las explicaciones que tanto deseaba yo darle. ¿No es verdad que se necesita fuerza de voluntad para hacer lo que hizo? ¡Cuánto dominio sobre sí mismo! Un hombre vulgar habría insistido en conocer los pormenores de mi juicio, habría hablado de tomar las medicinas usuales en estos casos, habría por lo menos manifestado en la expresión de su fisonomía, el estado de ánimo del que como él acaba de saber que está al caer dentro del sepulcro, dejando en sus bordes seres muy queridos de su corazón. Esperó para conocer su sentencia á que su familia no estuviera presente para no acongojarla; y aprovechó la distracción de mi atención para que al hacerme de improviso su pregunta no tuviera yo tiempo de estudiar la respuesta.

(Sigue en la cuarta plana.)

EPISTOLA.

A MIS DISCIPULOS.

Para "El Ideal."

¡Cuán dulce es la quietud de la conciencia
si huyendo del placer que empequeñece,
al deber se consagra la existencia!
¡Cómo entónces el alma se enaltece
y despide esa luz limpia y serena
que ni áun en la miseria palidece!
No por temores de la injusta pena,
busquéis entre serviles la alegría
que el corazón del jóven envenena.
La turba aduladora, en su osadía,
es miserable y torpe y siempre engaña
á quien iluso en sus promesas fía.
Hipócrita y falaz entra con maña
en palacios ó templos ó salones,
y al inocente ó al incauto daña.
Semejante en su vida á los histriones,
nombre, glorias y honores pisotea
y emponzoña al pasar, los corazones.
Miente, calumnia, y la encendida tea
aplica, por destruir el lazo fuerte
que la amistad ó el patriotismo crea.
Hoy, rinde culto á la materia inerte;
mañana de piadosa haciendo alarde,
en mística ó asceta se convierte.
Ante el fuerte sintiéndose cobarde,
defiende el lema del que más largueza
para el adulador ansioso guarde.
Oprime, al que ya hundido en la pobreza
busca alimento en su labor honrada
que sostenga su mísera flaqueza.
De delatores viles circundada,
que agitan con furor el incensario
ante la muchedumbre entusiasmada,
Es vil y criminal, es el plagiario
del honor, que es el único tesoro
á que debe aspirar el funcionario.
Huid, huid por personal decoro,
del que, inmundo reptil, muerde en la sombra,
de quien se humilla ante su dios: el oro,
Que su maldad áun al pequeño asombra
por más que las pisadas suavemente,
deslice cauteloso por la alfombra.

. . . . . .

Se eleva el ave á la región luciente,
pero estos miserables degradados,
no deben levantar su innoble frente;
deben caer, obscuros y olvidados.

Lic. Manuel Brioso y Candiani.

Veáse la segunda plana.)

Su conducta fué friamente calculada, y para calcular se necesita de un reposo moral, que en circunstancias tan solemnes como aquellas, solamente puede dar la fuerza de voluntad de una alma grande. ¡Cuán sencilla esta conducta si se tratara por ejemplo de una cuestión de Estado, pero cuán grande aparece tratándose de la propia vida!

Aquella calma de tres horas pronto desapareció, y un nuevo ataque más formidable, más repentino y más prolongado que el de la mañana, vino á perturbar la reciente tranquilidad de los que lo rodeábamos, é inútiles cuantos medios emplée antes de ocurrir otra vez al agua hirviendo, fué al fin preciso venir á él, porque ya no sentía yo el pulso debajo de mis dedos. Le anuncié lo que íbamos á hacer, y con la más perfecta indiferencia y con la calma más imponente—y la llamo imponente porque la palidez de su semblante, la falta de pulso y su respiración anhelosa, estaban anunciando que el término funesto se acercaba á grandes pasos—se tendió en el lecho, él mismo se descubrió el pecho sin precipitación y esperó sin moverse aquel bárbaro remedio. Lo apliqué sin perder tiempo, y aún me parece que estoy mirando como se crispaban y se extendían alternativamente las fibras de los músculos sobre las que hacía la aplicación, señal evidente de un agudísimo dolor; dirigí mi vista á su semblante ..... ¡nada! ni un sólo músculo se movía! ni la más ligera expresión de dolor ó de sufrimiento; su cuerpo todo permanecía inmóvil, y ésto cuando al quitar el agua, se levantaba una ámpula de varias pulgadas sobre su piel vivamente enrojecida. ¡Qué de dolores dejaban trasparentar aquella ámpula y aquel crispamiento de los músculos del pecho, y cuánta fuerza de voluntad proclamaban la impasibilidad de su semblante y la quietud de su cuerpo! La vez primera que le quemé sin que él estuviera prevenido, su cuerpo reaccionó como tenía que hacerlo, con los movimientos reflejos que exigen las leyes de nuestra organización cuando no domina la voluntad, y en la segunda ocasión en que ya estaba prevenido para el dolor, no quiso mover el cuerpo y no lo movió; no quiso expresar el dolor en su semblante y no lo expresó, quedándose impasible como si su cuerpo fuese ageno y no suyo propio.

Entretanto, desde en la mañana había volado por la ciudad, la noticia de la enfermedad del Presidente y ocurrieron á verlo sus ministros y sus incontables amigos políticos y personales y por razones que es difícil comprender, se ocultó tan cuidadosamente al público la gravedad de la situación, la que solamente conocíamos la familia y yo, que todos quedaron creyendo que simplemente se trataba de un reumatismo de la rodilla, y para que no se desvaneciera esa creencia, á nadie se le permitió la entrada á la recámara. En esa inteligencia, uno de los Secretarios de Estado, el de Relaciones, según recuerdo, quería hablarle acerca de algún asunto de su ramo, y el Sr. Juárez le mandó suplicar cortésmente que lo dispensara por aquel día. En la tarde el mismo Ministro insistió en verlo, manifestando que era un negocio urgente, precisamente en los momentos en que el dolor del corazón era muy intenso, en que la respiración era jadeante y en que había desaparecido completamente el pulso. Aquel hombre que llevaba ya doce larguísimas horas de ser la presa de una muy dolorosa enfermedad y que por ésto su energía debería estar agotada, se levantó con calma, sin manifestar ni impaciencia ni contrariedad; arregló su corbata, cubrióse con una capa, se sentó en un sillón, ordenó que entrara el Ministro y haciéndole sentar enfrente de él, escuchó con atención el asunto delicadísimo que llevaba, discutiendo los principales puntos y dándole por último su resolución definitiva y acertada. No había en su semblante en estos momentos nada que revelara el espantoso dolor que le estaba carcomiendo una de sus entrañas, nada que diera á conocer que esa entraña era ya impotente para hacer llegar la sangre hasta la cabeza, y si no hubiera sido por las gotas de sudor frío que yo le enjugaba de su frente y por la palidez indisimulable de su semblante, aún yo mismo habría creído que estaba sano, pues que á impulsos de su voluntad llegó á dominar toda manifestación de sufrimiento, hasta lo anheloso de su respiración, no quedándole más que alguna aceleración de ella. El Ministro se separó deseándole que continuara el alivio del reumatismo sin haber sospechado siquiera, que había estado discutiendo negocios graves de Estado con un semi-cadáver, en quien el corazón se estaba despidiendo de la vida. ¿Cómo no admirar este rasgo del frío sacrificio de la existencia por el cumplimiento de un deber? En la mañana, cuando aún no sabía que tal vez estaba condenado á morir repentinamente y que creía leve y pasajera su enfermedad, aplazó para otro día la audiencia que solicitaba el Ministro; pero en la tarde, cuando ya había cambiado la escena, cuando ya tenía el convencimiento de que no podía contar con ese "otro día," porque su vida estaba en inminente peligro, no vaciló en poner en segundo término sus dolores para dar la preferencia á los negocios públicos que no podían esperar la eventualidad de su alivio y dictar en ellos la resolución que sus deberes como Jefe del Estado le imponían. ¿Quién habrá que teniendo la muerte á dos pasos de distancia, prescinda de sí mismo é interrumpa su curación, cuando esta interrupción importa la vida, para cumplir con un deber? ¿Quién se sobrepondrá al dolor físico para no dejar trasparentar la muerte que se tiene dentro de sí, á fin de no causar un trastorno público? Solamente aquel, que al salir huyendo de Zacatecas en 1867, escoltado muy de cerca por la lluvia de balas del Ejército enemigo, recomendaba que se llevaran los caballos paso á paso, para conservar la moral de los contados dragones que lo acompañaban, y abandonaba la ciudad con la calma del que viaja por placer, y no con la precipitación del que huye para conservar la existencia. Solamente aquel que no se inmutó en Guadalajara frente á la boca de los fusiles que dentro de un segundo iban á hacerlo volver á la nada; solamente, en fin, aquel que se ocupaba en dictar las disposiciones necesarias para contrarrestar nu

formidable pronunciamiento de la fuerza federal, cuando 15 minutos antes, yo le había llevado desgraciadamente la infausta noticia de que la enfermedad de su respetable Señora era incurable y sería mortal dentro de breves meses. ¿Qué no pasaría dentro de aquel corazón en donde batallaban sentimientos tan encontrados y tan profundamente conmovedores á la vez? Por un lado la pérdida de su fidelísima consorte, de la respetable matrona que por su benevolencia, por su modestia y por todas las virtudes que puedan hallarse juntas en una mujer, le había hecho la vida feliz y era el galardón de la sociedad mexicana; y por el otro, la pérdida de la tranquilidad pública, el amago del imperio de la fuerza bruta sobre las instituciones de la República, la perspectiva de la substitución del modesto frac republicano, por los brillantes arreos militares, substitución que llevaba más de 15 años de venir combatiendo. Improvisar urgentemente medidas políticas y militares que exigen calma profunda y atención sostenida, cuando se tiene el corazón desgarrado por el mayor de los pesares que puedan agobiar al esposo, solamente lo hace el que tiene un alma grande como la suya.

Aun hay más. Una hora después de haber salido el Ministro, solicitó hablarle uno de los generales más distinguidos, á fin de pedirle sus últimas instrucciones para la campaña que iba á emprender al siguiente día, y no vaciló en admitirlo inmediatamente, no obstante que le faltaba el pulso hacía ya varias horas y que su situación era completa y absolutamente desesperada.

Lleno de admiración, ví al Sr. Juárez discutir con él de la manera más tranquila, lo que era más conveniente hacer; todavía no comprendo cómo pudo su cerebro casi exangüe, recordar qué personas residían en las poblaciones que iban á ser en breve el teatro de la campaña, cómo podía traer á la memoria las cualidades morales y los antecedentes políticos de esas personas, con tanta exactitud, que pudo indicar al general á quiénes era conveniente tratar con severidad, á quienes había que alhagar, de quienes desconfiar y quienes tener por amigos. En una palabra, dió los pormenores todos que daría una persona que tiene concentrada por completo su atención en un asunto de interés, y que está libre de toda otra preocupación; es decir, hizo abstracción de su persona en los momentos de morir, para no pensar más que en el bien público en cumplimiento de su deber. Si ésto no es grandioso, si ésto no revela un espíritu superior y pone de manifiesto la más íntima conciencia del deber que hay que cumplir, no sé á quien podríamos llamar valiente para morir, indomable en su voluntad y mártir de su deber.

Concluida aquella conferencia, pálido y vacilante, se arrojó por la postrera vez en su lecho para no levantarse jamás de él, lecho que cinco horas después, no era ya el lugar de descanso del Presidente, sino el lecho mortuorio del hombre grande, del patricio que desaparecía de entre nosotros pronunciando sus últimas palabras en bien de la República, del varón esforzado y justo que nos dejó un ejemplo muy difícil de imitar.

Siento infinito, señores, que mis tristes ocupaciones

deseos, como ansío que tú veas lo que yo he visto! que veas esa vía láctea que parece un río de soles, que veas esas estrellas que embellecieron los días de nuestro amor, esas estrellas que contemplabámos como puntos luminosos. ¡Oh! la imaginación humana no puede formarse idea de su magnitud asombrosa, ni de su brillo incomparable; detrás de ellas, por entre los huecos que dejan, en las profundidades insondables, vénse otras y otras, de suerte que el fondo del firmamento no se vé en ninguna parte. Sus luces blancas, amarillas, azules, verdes y encarnadas llegan á tales intensidades y brillos, que el sol ante ellas parece una mancha, pero los ojos del espíritu lo soportan todo sin dificultad y en menos de un segundo, se recorren millones de leguas á través de los resplandores de explendentes auroras, de los reflejos deslumbrantes de mil

profesionales, nunca me hayan dejado tiempo para humedecer mi pluma en los artificios de la oratoria y en las bellezas de la elocuencia, pero aun así, tengo confianza en que la grandiosidad de los hechos que he referido, han de haber abierto en el corazón de ustedes un hueco en donde albergar la gratitud que debemos al que nos proporcionó el orgullo inmenso de llamarnos mexicanos independientes, y han de haber hecho llegar á los labios de ustedes las palabras bastantes para proclamar muy alto la gloria imperecedera de aquel á quien la naturaleza hizo nacer mortal y pequeño y á quien la virtud hizo desaparecer grande é inmortal en la Historia. ¡Loor eterno al Sr. Juárez!

DR. IGNACIO ALVARADO. (P.)

¡OH, JUAREZ! tu nombre escrito con estrellas, cintila en el espacio con irradiaciones de luz meridiana; en la historia patria con letras de oro é incrustaciones diamantinas y en mi corazón con carácteres indelebles, como debe estar en el de todo buen mexicano.—CARLOS DIAZ.

PROGRAMA.

Manifestación que en honor del Benemérito Juárez se efectuará mañana en esta Ciudad.

I. Final de la 5ª Sinfonía de Mendelssohn por la Banda del Estado.

II. Discurso oficial por el Dr. Gildardo Gomez.

III. Marcha fúnebre de Chopin por la Banda del Estado. Durante este acto se depositarán coronas en el Monumento.

IV. Poesía por el Sr. Dr. Alberto Vargas.

V. "Norma" de Bellini por la Banda del 10º Regimiento.

VI. Alocución por el Sr. Lic. Heliodoro Díaz Quintas.

VII. "Esperanza celestial" por la Banda del 10.º Regimiento.

VIII. Poesía recitada por la alumna de la Escuela Normal para Profesoras, Srita. Matilde Guzmán.

La comitiva partirá del Palacio del Estado á las 9 h. 30 m. a. m. y marchará por las calles 7ª y 8ª Avenida Independencia, 1ª, 2ª y 3ª del 5 de Mayo, 1ª y 2ª de Abasolo y 3ª y 4ª del Progreso hasta llegar al lugar de la manifestación.

"Patria y Libertad." Oaxaca de Juárez, Julio 15 de 1904.—El Presidente, *Luis Flores Guerra.*—El Secretario, *Enrique Vasconcelos.*

¡GANGA! ¡GANGA!

Se vende por ínfimo precio, la casa jardín marcada con el número 5 en la 2ª calle de la Avenida Félix Díaz, del pueblo de Xochimilco, Distrito del Centro, ó sea al Norte de la casa conocida con el nombre de Jardín de Figueroa. Tiene dos patios, nueve piezas de reciente construcción, dos pajas de

irís de las irradiaciones de plata y oro, de las diamantinas fosforecencias de las maravillas sin fin . . . y más allá . . y . . ¿Cómo podré explicarte? . . . . ¡Ah, no me comprenderías! no hay palabras para decirlo . . . ¡Ricardo! ¡Ricardo mío! . . . . confía en Dios, espera en él! . . . . es ya el supremo instante! . . . . ¡Animo! . . ¡valor! . . . . fé! . . . . y nuestras almas se confundirán en una sola . . . . y la felicidad jamás desaparecerá, y nuestro amor, y nuestro sér, todo arderá para siempre con el fuego sagrado del amor infinito! . . . . . .

---

sión inmensa que el corazón necesita?

¿Qué es el amor, si él es tornadizo y voluble? ¿Qué es el amor, si él termina en la tumba? . . . . ¡Nada! ¡nada absolutamente! . . . . ¡Ah! y ¿cómo concebirlo y cómo sentirlo arder en nuestro pecho con sed frenética, con ansias insaciables, con ardor febril á impulsos del ideal eterno, bello é infinito? . . . .

¡Nó! el amor verdadero nunca muere; la muerte en lugar de destruirlo, lo purifica, lo eleva, lo engrandece! ¡Confunde á dos séres en una sola llama, llama que arde para siempre, con el fuego inextinguible del AMOR POR EXCELENCIA, DEL AMOR ETERNO, INMENSO E INFINITO!

Arnulfo San-Germán.

agua corriente y plantas exquisitas. Dan informes en la casa nº 14 de la 3ª calle de la Avenida Hidalgo de esta Capital. 4—2

Domingo García Soler.

Próximo Debut de su Compañía.

Exacto hasta la exajeración, en el cumplimiento de los compromisos que se contrae, nuestro caballeroso amigo, el primer actor español, Sr. Domingo García Soler, debutará en la próxima semana, con su grandiosa Compañía Cómico-Trágico-Dramática, en el Teatro Juárez.

El mejor encomio que podemos hacer de García Soler, es su exactitud. Él, ofreció por medio de las columnas de nuestro semanario, á la Sociedad oaxaqueña, cuando se fustró primeramente su venida, ser ésta la primer población que visitase en su gira artística, y lo ha cumplido.

Esperamos que á su vez, nuestra progresista Sociedad, sabrá apreciar como es debido, los sacrificios y gastos que para cumplir su palabra ha hecho el caballeroso artista, y corresponderá con usura su galantería. Busquénse elencos y programas.

La Manifestación de duelo y "El Ideal."

Un ejemplar del presente número, será colocado entre flores y depositado ante la estátua del Gran Reformador, el día de mañana, aniversario de la muerte del ilustre patricio.

LA PROPAGANDA DE "LA FRATERNAL"

La actividad que emplea esta Compañía de Seguros en todos sus negocios hace que aumente constantemente el monto de sus operaciones y con ellas el crédito que ha conquistado.—Una prueba de nuestro aserto la tienen los lectores en las *Intendencias* que la

cendiera en nuestro pecho; el amor, diamante celeste conservado en su pureza primitiva y no arrastrado en el cieno de las miserias ¡no muere nunca! y la virtud le dá fulgores y brillos celestiales.

¡Oh! ¿y cómo concebir el amor si éste termina en el sepulcro? ¿cómo creer que tan sublime y encantador, sentimiento que hiere en lo más íntimo las fibras más delicadas del corazón, abriendo en el alma todo un cielo de luz, belleza y armonía? ¿Cómo creer que ese ardiente y dulcísimo sentimiento, sea destruido al soplo helado de la muerte?.... ¡Qué! ¿la muerte destruye acaso el alma?.... ¿y si no la destruye, cómo puede destruir lo que vive inmortal dentro de ella?

¡La vida! esta rapidez que nos arrastra en la tierra, gritándonos sin cesar: ¡adelante! ¡adelante! ¿cómo puede ser bastante á la expan-

CONCLUSION.

Para las almas que no se elevan sobre los sentidos y que tanto aman las mentiras de la vida que alucinan y ciegan su espíritu; para esas almas materializadas que no contemplan otros horizontes más allá del sepulcro, será risible el amor que mi alma ansía, el amor que llena por completo la existencia, el amor que no conoce ni olvido, ni ausencia, ni mezquinos intereses, ni ruines pasiones; el amor

referida compañía ha establecido últimamente en dos Zonas denominadas: "Oriental" y "Occidental." La primera á cargo de Don Arturo Fagoaga, comprende una extensión territorial de los Estados de Puebla, Oaxaca, parte de Veracruz é Hidalgo; y la segunda abarca su jurisdicción á los Estados de Jalisco, Colima y San Luis Potosí, siendo el Intendente Don Antonio Caamaño. En las expresadas Zonas funciona un competente grupo de agentes y de este modo todas las transacciones se hacen fáciles y rápidas, contando el público con personas que en un momento dado pueden darle todo género de explicaciones y allanarle la tramitación de los negocios.

Al felicitar á "La Fraternal" por el ventajoso sistema que ha adoptado, es conveniente que tomen nota de él todos los que puedan interesarse en ello.

LAS PREPARACIONES "TUTOCITO."

Nos ha sorprendido verdaderamente la gran venta que se está haciendo de estos productos, en la conocida y acreditada Farmacia y Almacén de Drogas del Sr. Dr. Manuel Pereyra Mejía, y nos ha sorprendido, porque hace muy poco tiempo no eran ni siquiera conocidos en esta ciudad, pero hemos visto y con justicia pensamos que hay mucha razón para que haya merecido la aprobación del público, pues todas ellas reunen cualidades especiales que las hacen si es posible, necesarias para el objeto á que se han destinado.

En efecto, nadie que conozca los POLVOS DENTRÍFICOS y BORICADOS "TUTOCITO" y que los use, dejará de preferirlos á cualquiera otra marca, pues por su muy bonita presentación, su aroma sumamente agradable, y su gusto exquisito, se hacen completamente necesarios en el tocador de toda señorita elegante.

El Jabón "TUTOCITO" tiene muchas ventajas, pues reune realmente todas las cualidades que de él se han anunciado, es de un perfume agradable, quita según se ha visto la caspa, y asi varias enfermedades de la piel, y conserva siempre el cutis fresco y lleno de hermosura.

Las *Píldoritas Tutocito*, son muy eficaces para las enfermedades del hígado etc., y los médicos de la capital en vista de los muy buenos resultados que dan, las prescriben diariamente.

El *Parche poroso* es el más barato que conocemos y el más bien manufacturado.

Damos el parabien á la casa Pereyra porque siempre procura poner en manos del público lo mejor.

SE VENDE la casa No. 121
de la Calzada Morelos
Dirijirse á Enrique Zavaleta.
Avenida Morelos número 43.

TIPOGRAFÍA SAN-GERMÁN.

que no teme la muerte, ¡el amor inmortal, eterno, indefinible! el amor que he descrito en Ricardo y Hortensia, ese amor primero y único, ese amor que unió para siempre dos almas que se adoraron! .. Sufrieron es cierto, sufrieron atrozmente, pero... sufrir, sufrir amando!.... ¿qué importa? las lágrimas son la purificación que el corazón necesita, para sentir la fé inmortal del idealismo, de anhelos purísimos y hermosos que elevan y hacen sentir aspiraciones sin fin!

¡Amar sin término ni medida!

¡Amar algo grande, algo que nunca muere!

¡Amar más allá de la tierra y de la vida!

¡Felices los que se aman de este modo! ¡Mil veces felices, aunque el dolor desgarre sus pechos! ¡Mil veces felices las almas que una sola vez aman en la vida! ¡Ah! Es porque saben amar, es porque en

verdad han amado y comprenden que si fuera posible que amaran por segunda vez, les quedaría en su alma, el recuerdo imborrable del amor primero, recuerdo que amargaría para siempre su existencia, es porque su alma es delicada y de exquisitos sentimientos; si el desengaño, si la desgracia, si algún obstáculo las separa del sér amado, en su alma pura no cabe el odio, no cabe la venganza, y en lugar de estas pasiones rastreras y viles, se levanta como en un santuario, la virtud excelsa que sabe perdonar; la sublime generosidad, que sabe olvidar; la heróica resignación que sabe sufrir; y el recuerdo del sér amado vive para siempre en el fondo del corazón; vive entre nubes de tristeza y profunda melancolía, vive, y jamás deja de existir dentro del alma!

El amor verdadero; el amor, chispa divina que el Creador en-